



CAPÍTULO UNO

ADELA

Me dedico a pulir los huesos, a masajear la superficie pálida y agrietada de las calaveras de las criaturas con aceites aromáticos y ungüentos suavizantes. Mientras lo hago, sus persistentes susurros de anhelo hacen eco en mi mente y debo reprimir un escalofrío de repulsión. Me recuerdo el honor que conlleva mi posición, que comulgar con las calaveras es un llamado sagrado. No debería odiar sentir sus impulsos fluyendo dentro de mí ni aliviarme porque sus voces se han suavizado con los años.

Escucho la burla cruel de mi mentor detrás de mí.

—Diecisiete años y sigues tan remilgada como siempre. Que la Hilandera nos guarde, cuando te conviertas en emparejadora será un día gris para todos nosotros.

—En especial para ti —mascullo mientras froto aceite de romero y cártamo en las cuencas vacías de un lebrílope. A fin de cuentas, Bartholomew todavía no es viejo, y los Emparejadores no tenemos la dicha de retirarnos. El retiro llega cuando morimos. Y si ambos tenemos suerte, pasaré otros treinta años como su asistente antes de tomar su lugar como emparejadora principal.

Si es que puede llamarse suerte.

—¿Qué dices, niña?

—¿Nos queda cera de loto salada? —aligero la voz y agradezco la luz tenue de la cabaña y la máscara de plata sólida que oculta mi rostro. Él resopla y señala el frasco junto a mi codo—. Ah, aquí está.

Uso la cera en la calavera ancha y angulosa de un grifo con el pico astillado, luego sigo con otro lebrílope, cuyas astas retorcidas ayudan a mis manos a encontrar el ritmo. La mayoría de los lebrílopes eligen aceite infusionado con arándanos, menta o cedrón, pero los grifos de pico afilado son más exigentes. Ellos prefieren primero un ungüento terroso de hojas de otoño y luego, en medio de mi trabajo, zumban en oleadas hasta que lo cambio por menta o mirra, entonces reinician sus ronroneos complacidos.

Sigo con los tres gytrash, los perros negros. Bajo sus calaveras caninas para frotarlas con esencia de musgo de roble. Los gytrash siempre se emparejan de a tres y, aunque las calaveras pueden emparejarse con cualquiera de las tres órdenes, ellos suelen hacerlo solo con miembros de la Orden de la Cazadora. Me pregunto si estas calaveras, que asisten a los sacerdotes en los ritos fúnebres, encontrarán a sus compañeros durante la próxima ceremonia.

Sigo trabajando, intentando perderme en el acto repetitivo e ignorar los murmullos desgastantes de sus voces; aunque no es que tengan voces en realidad. Mi mejor amiga, Cecelia, siempre está pidiéndome que le describa cómo se siente comunicarse con las calaveras mientras pulo los huesos. Ella también las escucha, como la mayoría de los guardianes, pero suenan más tenues para ella. Siente fascinación por mi entendimiento profundo de sus anhelos y deseos, pero yo no encuentro palabras para explicárselo. Es como cualquier otro sentido para mí, imposible de describir. Yo solo... las oigo. Las percibo dentro de mi cabeza o tal vez en algún lugar más profundo.

Sin palabras, las calaveras me cuentan sus sueños, sus necesidades y sus deseos secretos. Algunas suenan penetrantes y vibrantes, otras son suaves y tintineantes. Pero, sin importar el volumen ni el tono de sus voces, odio escucharlas. Soy una guardiana, descendiente de un largo linaje de guardianes respetados, con una notoria excepción. Y, como emparejadora asistente, estoy destinada a la grandeza.

Y aun así...

Mientras deseo estar en cualquier otro sitio, me paro en puntas de pie para engarzar una mandíbula con el dedo y bajar la única calavera de dragón del estante superior.

—¡Cuidado! —sentencia Bartholomew, con lo que casi hace que deje caer la calavera. Continúa con más suavidad—: Ese era Psecilious, uno de mis primeros... encargos.

Polveo las puntas de los cuernos de Psecilious con una pizca inusual de mica dorada, después limo con cuidado un pequeño bulto en un incisivo, por lo demás impoluto, del tamaño de mi pulgar. La voz del dragón suena áspera dentro de mí y mucho más suave de lo que debería ser; me provoca culpa que eso me alivie.

—Debió ser grande aún para ser un dragón —comento para distraerme de mis sentimientos complicados. Bartholomew agradecerá la oportunidad de despacharse sobre la naturaleza noble de los dragones.

Como imaginé, se aclara la garganta para comenzar.

—Alguna vez fueron bestias descomunales, tan grandes que podían comerse a un venado de un bocado. Pero mientras que antes se apareaban por tamaño y por fuerza, ahora eligen parejas más civilizadas. Las hembras comenzaron a escoger machos más listos y domesticados, algo que, con los siglos, ha llevado a un declive en...

Habla sin parar sobre cosas que ya escuché cientos de veces. Su amor por los dragones es profundo, por los dos que tiene como mascotas y por los salvajes que contempla de lejos, incluso por las calaveras de dragones muertos; los aprecia aún más que a su propia comunidad.

Más que a mí, en particular.

Mientras él habla, yo me esfuerzo en mi trabajo. Machaco hierbas y semillas para extraer aromas, presiono ingredientes para extraer sus esencias, emulsiono lectina con agua y aceite para lograr lociones densas y, por supuesto, limpio todas las herramientas de Bartholomew.

—Los favorece como especie.

Mi estrategia no ha sido buena, porque en lugar de distraerme, el zumbido persistente y agudo de Bartholomew parece intensificar las voces de las criaturas, lo que resulta en un bullicio discordante dentro de mi cabeza. Al menos su máscara de álamo dorada lo silencia un poco. Como guardianes, siempre que trabajamos con las calaveras de las criaturas usamos máscaras para evitar emparejarnos con ellas por accidente. Nosotros servimos a las órdenes y cuidamos a las criaturas vivas, no esgrimimos magia.

—Ya no pasan hambre entre cacerías ni anidan entre las rocas para criar a su descendencia. No, los dragones son listos y leales, las mejores criaturas.

Cuando comienza a compararlos con otras especies, me pregunto si notaría si me metiera trozos de paño en las orejas. No es que eso vaya a acallar el eco de las calaveras dentro de mí, pero al menos evitaría que sus voces compitan con la de él por mi atención. Al terminar con la última calavera equina de un pegaso bastante silencioso, vuelvo a girar hacia las estanterías para dejarlo y, con las manos en la espalda, me arqueo hacia atrás. Mis huesos rígidos crujen en protesta. Creo que con eso he terminado.

Por fin.

Recorro con la mirada las hileras de calaveras, iluminadas por el sol que se cuela por las ventanas de la cabaña. Su magia vibra con entusiasmo después del pulido, como si supieran lo que se viene. Y tal vez lo sepan; el conocimiento sobre la consciencia de las criaturas muertas es apenas especulativo. Pero creo que la mayoría de las calaveras esperan la Ceremonia de Emparejamiento con algo cercano a regocijo, como si lo que más quisieran fuera unirse a los novicios para que utilicen sus magias únicas.

La sola idea de tener que usar a una criatura muerta sobre el rostro cada vez que salga en público por el resto de mi vida me hace estremecer; el pensar en que sus deseos, su voz, estén todo el tiempo dentro de mi mente, de mi corazón, es escalofriante. No hay magia que lo valga, sin importar cuán poderosa o útil pueda ser.

El sol bajó un poco en su camino inevitable a través del valle y, ahora, sus rayos iluminan un pequeño estante por encima de los demás. Está tan alto y es tan diminuto que siempre pensé que no servía y, por tanto, estaba vacío, pero el reflejo intenso del sol me dice que debe haber algo ahí. Retrocedo y me elevo en puntas de pie para ver mejor: ahí, tan atrás que apenas alcanzo a vislumbrar la punta de dos picos ganchudos amarillos, hay dos calaveras. A juzgar por los picos, deben ser grifos, pero ¿por qué Bartholomew los dejaría allí olvidados?

Cuento los demás grifos en los estantes: seis. Ni más ni menos de los que debería haber. ¿Pasamos por alto esos dos en el pasado? ¿O son nuevos? No lo aparentan. Están tan descoloridos como si hubiera comenzado a fosilizarse. Los huesos tienden a aclararse con el tiempo, blanqueados por el sol que entra por las amplias ventanas de la cabaña, pero eso lleva cientos de años.

Tomo la escalera, porque por mucho que me estire nunca llegaría a esos dos. Bartholomew me desanima.

—No te molestes, no pulimos los fénix. Son solo... —Busca una palabra, pero no parece encontrarla, así que se encoge de hombros y se decide por—: Decoración.

—¿Decoración? —No puedo ocultar el horror de mi voz, aun cuando oírlo lo hace fruncir tanto el ceño que lo noto incluso detrás de su máscara por las arrugas alrededor de los ojos. Pero decir que una calavera es solo decorativa es un sacrilegio, aunque no tenga magia. Después de un momento, mi mente cansada registra también el nombre de la criatura—. ¿Dijo fénix? Llevan al menos un par de siglos extintos, no tenemos calaveras de fénix.

—Es evidente que sí —resopla—. Están ahí, en el estante. Debemos hacer que la Suma Sacerdotisa Cazadora las queme, cuando venga con su portador de dragón, y devolverlas al valle. Pero aquí esperan, por ahora. Vámonos.

Se marcha sin esperar respuesta, deja la puerta abierta y descarta la túnica y la máscara dorada en el suelo para que yo las recoja del césped escarchado. Como su asistente, debo limpiarlas, arreglarlas y devolvérselas una vez terminadas las ceremonias.

Bien podría entregármelas en mano, pero Bartholomew no hace así las cosas.

Debería seguirlo y dar el día por terminado. Aunque no esté prohibido, no está bien visto permanecer solo en la cabaña. Puede ser peligroso, sobre todo cerca de la Ceremonia de Emparejamiento.

Además, es espeluznante.

Sin embargo, las calaveras susurran dentro de mí, me atraen hacia ellas; todas a excepción de los fénix. Quieren que me quede, que baje a los fénix, que embeba sus huesos ancestrales con hierbas y aceites.

—¿No los escucha? Quieren que nos quedemos —le digo a Bartholomew, quien lo considera un momento.

—Por supuesto, son bestias hambrientas. —Se encoge de hombros—. En una década habrás aprendido a ignorar sus súplicas.

Con eso se da la vuelta rumbo a su hogar, de seguro ansioso por reencontrarse con los dos dragones que tiene como mascotas ilícitas, ya que tenerlos viola el Código de los Guardianes. Las criaturas son seres con propósitos mágicos y sagrados, no deben ser mimadas ni dignas de confianza. Pero Bartholomew no es el único que vive con ellas, solo que la mayoría elige lebrilopes peludos y adorables, no a dos dragones adultos.

Anhelo el pueblo a la distancia, al otro lado de la pradera. Quiero salir de la cabaña, respirar el aire fresco de la noche y llegar a casa para sumergirme en un baño caliente sin fragancia hasta que se me arrugue la piel. Pero no puedo ignorar la atracción de las calaveras de fénix, no puedo salir por esa puerta.

Cuando Bartholomew se percata de que no lo sigo, se detiene en medio del camino casi congelado y voltea.

—¿Y bien? —Me mira con un gesto adusto en el ceño platinado—. Andando.

Se me ocurre una excusa débil, pero no puedo evitarlo.

—Los nuevos aceites de romero y lavanda pronto terminarán de infundirse. Me encargaré de esos decantadores y luego lo seguiré.

Me analiza, al tiempo que un rebaño de lebrilopes brinca en un círculo caótico a su alrededor. En el cielo, dos pegazos dibujan ochos en su vuelo, con Bartholomew en el centro de una vuelta y la cabaña en el de la otra. Dado que aún conservan la carne y el aliento, no oigo sus anhelos, pero su euforia juguetona dice mucho.

A las criaturas vivas también les gustan las ceremonias de

emparejamiento, y Bartholomew y yo les agradamos porque trabajamos con los huesos de sus ancestros difuntos. Cecelia dice que los atrae la magia de sus hermanos; yo creo que solo son pequeñas bestias macabras.

—Como desees —responde mi mentor y, tras encogerse de hombros otra vez, se aleja—. No hagas nada impulsivo.

—Sería incapaz —miento.



Bajo los fénix de a uno, los dejo sobre la mesa de trabajo y busco mis herramientas. Sobre el estante, las calaveras se veían deslucidas, viejas, huesos pálidos y picos sosos comparados con los de bordes serrados de un grifo. Pero de cerca son imponentes.

Se comunican con algo profundo dentro de mí de un modo que hace que me pregunte si quizás estoy justo donde se supone que debo estar, haciendo justo lo que estaba destinada a hacer. Así es como imagino que se sienten todos los demás guardianes cuando reciben su llamado. Papá como cuidador principal, Cecelia como historiadora del valle, incluso Bartholomew como Emparejador. Para ellos, quiénes son y lo que hacen parece alinearse a la perfección, como si las diosas los hubieran creado especialmente para cumplir sus roles.

Pero yo nunca he sentido eso.

Yo solo me he sentido torpe, insuficiente y algo perturbada mientras preparo los huesos para el emparejamiento. Lo único que siento son impulsos inconvenientes, que sigo con demasiada frecuencia; como pulir las calaveras de dos fénix después de que me indicaran con toda claridad que no lo hiciera.

Pero...

Esto se siente correcto. De pie ante estos fénix, siento que algo sutil pero poderoso cambia en mí. Todo en mi interior se siente aliñado, quizás por primera vez en mi vida.

—Son magníficos —susurro.

Las calaveras de los fénix tienen una frente amplia e inclinada y un pico curvado, y uno de ellos me perfora el pulgar cuando me lo llevo al regazo; es más filoso de lo que parece. Por instinto, llevo el pulgar a la boca para succionar la sangre, pero la máscara estorba, así que lo limpio en mi túnica; no quiero manchar el hueso.

Giro la calavera que tengo en la falda de un lado a otro para examinar su forma novedosa. No hay fénix vivos, así que me cuesta relacionar el arco del hueso sólido con las criaturas gráciles y emplumadas representadas en los tapices del gran salón o en los libros de cuentos de mi infancia.

Alguien, hace mucho tiempo, extendió una capa gruesa de mica dorada en el exterior y en el interior del hueso, una adición costosa para una superficie tan grande. Sin duda fue la razón por la que el sol se reflejó con tanta intensidad que llamó mi atención después de diecisiete años ocultos en las sombras.

En algún momento de nuestra historia, un Emparejador debió esperar que estas dos calaveras de fénix eligieran a alguien importante, tal vez incluso a futuras sumas sacerdotisas.

Pero ahora... sostengo primero una calavera y luego la otra en mis manos desnudas y cierro los ojos.

Están en silencio.

Pruebo ungüento tras ungüento en una calavera y luego en la otra, en vano. No percibo ni el menor indicio de un zumbido en mis palmas, ninguna preferencia por azafrán o vainilla, aceite de cártamo

o cera de abeja. Podría pasar el resto de la noche preparándolos, pero no haría ninguna diferencia.

Están completamente mudas.

—¿Se han ido? ¿O solo están descansando?

Miro las hermosas calaveras gemelas e imagino sus cantos cuando estaban vivos. ¿Habrían sido agudos y alegres como los de la curruca en las mañanas de primavera o graves y melancólicos como el cuclillo piquiamarillo? Quiero despertarlos, escuchar el eco de sus voces a través del zumbido bajo mis manos.

El deseo me sorprende, ya que las voces de las criaturas muertas son la parte más difícil de mi papel, lo que más me incomoda. Le doy vueltas a este deseo de oírlas una y otra vez en mi mente y comprendo que es más profundo que un simple anhelo. Es una necesidad persistente y urgente.

Cuando me asignaron a mi trabajo como aprendiz de Bartholomew, devoré todo lo que Cecelia pudo encontrar sobre los Emparejadores. Hubo una cuyo diario estaba lleno de métodos escandalosos, que rozaban lo peligroso, pero sus emparejamientos eran legendarios. Bartholomew la odiaba, se burlaba cuando me descubría leyendo su diario con interés y asombro ante su audacia. Lo cual, siendo sincera, quizás sea más razón para intentarlo.

Llevo la mano a mi máscara.

Mostrar el rostro a las calaveras es la parte más sagrada de la ceremonia que se aproxima, el momento que determina un emparejamiento, y es un riesgo que ningún guardián, mucho menos un Emparejador, se atrevería a tomar jamás. La magia está reservada para las Órdenes, quienes sirven directamente a la Cazadora, la Pupila o la Hilandera.

Estoy de espaldas a todas las calaveras excepto a estas dos, pero

aun así me aseguro de alzar el borde de la máscara apenas lo suficiente. No debería hacer esto y, sin embargo, me lanzo de cabeza a la insensatez una vez más.

Acuno una de las calaveras de fénix en el pliegue del codo y apoyo la mejilla descubierta contra el hueso frío.

Había esperado sentir el más leve indicio de un zumbido, pero lo que ocurre es más bien un grito o una explosión.

O ambas cosas.

Sonido, luz, emoción, calor, todo se precipita sobre mí con la fuerza de una tormenta y ondula por el pequeño edificio como la fuerza de una tormenta de pegaso. Nada se mueve y, sin embargo, es como si las propias paredes comenzaran a sacudirse. Creo oír las ventanas temblar y me apresuro a dejar la calavera de fénix junto a su compañera. Vuelvo a asegurar mi máscara en su sitio antes de girar para ver la pared donde descansan las demás calaveras. Están tal y como las dejé, prístinas e inmóviles bajo la luz del farol.

Y aun así.

Me protejo los oídos de la cacofonía. Nunca había escuchado sus voces así de fuertes, de nítidas. Vitorean y chillan, blasfeman y celebran. Pero su atención no está en mí. Es como si cada cuenca vacía mirara más allá de mí, hacia las dos calaveras de fénix sobre la mesa.

Esperan con una anticipación feroz.

Percibo un resplandor de una tonalidad distinta a la del farol por el rabillo del ojo, entonces giro despacio para enfrentarme otra vez a los fénix. Están uno junto al otro sobre la mesa de trabajo, igual que hace unos instantes, pero mientras que antes parecían pálidos y apagados pese a su costoso espolvoreado de mica, ahora brillan desde dentro, tan luminosos y amenazantes como el aliento ardiente de un dragón. La mica dorada casi danza sobre la superficie, y ahora

comprendo por qué algún Emparejador, hace mucho tiempo, las cubrió con esa cantidad. Les sienta a la perfección, resalta los tonos rojo, coral, naranja y amarillo de sus superficies fundidas.

Doy un paso atrás involuntario, abrumada por su belleza y por la inquietud que me provoca el hecho de que acabo de abrir una puerta hacia un lugar en el que nunca he estado, una que no puedo volver a cerrar.

Voy a limpiar, guardar los suministros, recoger las cosas que Bartholomew dejó tiradas, que a estas alturas sin duda estarán cubiertas de escarcha, e irme a casa. Se siente como huir, y lo es. Algo ha cambiado, algo que no entiendo.

Pero antes de que llegue a moverme, oigo un rugido afuera que me deja paralizada. Es el llamado de una criatura que está cazando, una criatura a punto de matar, de vencer. Las calaveras guardan silencio durante un largo instante y luego responden con un chillido victorioso.

No sé qué caza la criatura ni qué ha atrapado, pero me preocupa que pueda ser yo.

CAPÍTULO DOS

ADELA

Abro una hendidura de la puerta y me saco la máscara para mirar hacia arriba, pero solo veo el cielo estrellado y tranquilo. Espero que la criatura que haya rugido ya esté muy lejos de aquí.

Dejo el farol en la cabaña para poder atravesar la pradera nevada y llegar al brillo cálido de la aldea sin ser notada. La luz pálida de la luna es suficiente para caminar entre las madrigueras de los lebrilopes.

Salgo rápido y en silencio y le cierro la puerta al brillo tenue de los fénix, todo mientras maldigo mi impulsividad. ¿Por qué no puedo ignorar las ideas tontas que se me cruzan por la cabeza en lugar de correr a ejecutarlas? Pero no pensaré en eso ahora, en cambio, levanto la máscara y la túnica que Bartholomew dejó abandonadas, las sostengo debajo del brazo junto con mi máscara y comienzo a avanzar por la pradera.

Me sorprende un lebrilope que salta de un arbusto de botón cercano. Aunque son criaturas adorables, dulces, de rostro redondeado y pelaje suave como conejos, sus astas son filosas como navajas, y pueden ser agresivas, en especial si un extraño se acerca demasiado. Yo no soy una extraña, llevo diecisiete años caminando de la aldea a